

1

Largo recorrido tiene el alfabeto y en tan solo dos letras se recoge al individuo: yo. Aquello que nuestros ojos se niegan a mirar por vergüenza quizá, o por limitación pura de ser capaces de ver un todo que excluye humildemente la vuelta hacia uno mismo. Evita aquel destello de tres letras que nos cegará por siempre de la dicha al sumirnos en un mar de sufrimiento: ego. Diego. Di-Ego. Ego. Niego. Niego ser Diego. Si no niego lo que soy, ¿me obligaran a arrepentirme? Me acomodo en el asiento sin mirar la referencia y ¡plash! Tres cuartos de la sala vacía y mi renuncia a aquel sofá se hacía inminente. —Creo que usted no, no lo comprende... Yo soy Diego—. Como el oír la alarma nuestro día libre. Y por aquella derrota aflora esa sensación que siempre ha estado ahí a nuestro lado, pero que al concebirse ligeramente nos desborda y ahoga pues ahora nosotros somos ese asiento y la solitaria insignificancia que nos define pretende soportar la inmensidad del universo como si todo él cupiese en esta inmundada butaca. Pero debes levantarte con el cuerpo ya sin forma, sin sustrato, mera brisa que en su intento de recomposición se respira e informa aludiendo al valor de su supuesta alma: "Soy un hombre". Los nombres ya sobran, pues el universal a todos nos acoge sobredimensionando nuestras vidas, pues de asiento a hombre las posibilidades se expanden y parecen disipar nuestra despreciable pequeñez, ilusorio destino que abriga deseos factibles que nos calman ante las malas decisiones ya tomadas, porque ilusamente aún quedan buenas decisiones por tomar. Y a término de concebir toda esta reflexión que sucede dentro de tu cabeza en escasos segundos, que condesa toda tu realidad en un único momento, en un instante invisible que cuando por fin dices adiós y te despides de tan maltratada conciencia, lo único que queda es media película ya empezada y un asiento menos que ocupar.